

VIII

MUERTE DEL PENSADOR DE KOENISBERG

Llego ahora á un acontecimiento de la vida de Kant, que fué el precursor de las escenas finales. El 8 de Octubre de 1803, y por primera vez desde su juventud, cayó gravemente enfermo. Siendo estudiante en la Universidad, había sufrido ya una fiebre que sólo había cesado por el ejercicio forzado de la marcha, y en los últimos años había experimentado algunos dolores por efecto de una contusión á la cabeza; pero, salvo estas dos excepciones, si así se las puede considerar, jamás había estado enfermo de cuidado. Entonces la causa de su enfermedad fué la siguiente: su apetito hizo irregular, ó más bien se depravó, consistiendo todo su placer en no comer más que pan mantecoso y queso inglés. El 7 de Octubre apenas tomó otra cosa en la comi-

da, á pesar de todo lo que yo y otro amigo comensal pudimos hacer para disuadirle. Por primera vez me pareció que mi importunidad le desagradaba, como si hubiese rebasado los justos límites de mis deberes. Y como me afirmase que el queso nunca le había hecho daño y que no se lo iba á hacer ahora, no me quedó sino callar, y él obró á su arbitrio. La consecuencia fué la que hubiera podido anticiparse: noche de insomnio, á la que sucedió un día de grave malestar. La mañana siguiente todo iba como de ordinario hasta las nueve, hora en que Kant, hasta este momento apoyado en el brazo de su hermana, cayó de súbito por tierra sin conocimiento. Se me hizo buscar inmédiatamente y corrí á su casa, donde le encontré tendido sobre su lecho, que se había colocado en su gabinete de trabajo. No tenía palabra ni conciencia de sí mismo. Yo había ya prevenido al médico; pero antes de que llegase, la naturaleza había hecho los esfuerzos necesarios para reanimar á Kant un poco. Al cabo de una hora próximamente abrió los ojos y continuó musitando palabras ininteligibles hasta la tarde, en que se rehizo algún tanto y comenzó á hablar razonablemente. Por primera vez en su vida estuvo durante

algunos días confinado en su lecho, sin comer nada. El 12 de Octubre tomó de nuevo alimento y reclamó su plato favorito; pero yo estaba resuelto, aun á riesgo de desagradarle, á oponerme firmemente. Le expuse, pues, todas las consecuencias de su imprudencia última, cosa de que no tenía absolutamente ningún recuerdo. Escuchó todo lo que le dije con atención suma, y expresó tranquilamente la convicción de que yo estaba equivocado; pero se sometió por el momento. Con todo, algunos días después descubrí que había ofrecido un florín por un poco de pan y queso, y luego dos, y aun más adelante. Cuando se le negó, quejóse amargamente; pero poco á poco se resignó á cesar en sus peticiones, aunque á menudo érale imposible ocultar cuán violento era su deseo.

El 13 de Octubre volvió á sus comidas habituales y se le consideró como convaleciente, pero en realidad no recuperó la calma de espíritu que había conservado hasta este ataque. Siempre había gustado de prolongar su comida, la única que tomaba, ó tal como se expresaba, según la frase clásica: *cenam ducere*; pero desde entonces le fué muy difícil conservar esa costumbre. Después de la comida, que termi-

naba á las dos próximamente, se acostaba y adormecía por intervalos, y su reposo era interrumpido regularmente por alucinaciones ó ensueños terribles. A las seis de la tarde sobrevénia un período de gran angustia, que duraba hasta las cinco ó seis de la mañana, á veces más tarde, y durante toda la noche no cesaba alternativamente de pasearse y acostarse, calmado á ratos, con frecuencia agitadísimo.

Hacíase necesario tomar una persona que le velase, pues su doméstico quedaba agotado con el servicio del día. Ninguna parecía más propia que su hermana, lo unió porque hacía tiempo que recibía de él una pensión muy generosa, y lo otro porque en calidad de más próximo pariente podría dar el mejor testimonio de que á su ilustre hermano no le habían faltado en las últimas horas ninguno de los cuidados y atenciones que su situación exigía. Nos dirigimos, pues, á ella, que se dedicó á velar á Kant alternativamente con su ayuda de cámara. Comía aparte y se hizo una amplia adición á su renta. Pronto vimos que era una mujer tranquila, de espíritu conciliador, que no provocaba discusión alguna entre los domésticos, y adquirió rápidamente la estimación de su hermano por su modestia y

su reserva, y añadiré que también por la afección verdaderamente fraternal que le atestiguó hasta el fin.

La jornada del 8 de Octubre había herido gravemente las facultades de Kant, pero no las había totalmente destruído. Durante breves intervalos, las nubes que se habían ensombreado de su maravillosa inteligencia parecían desvanecerse para dejarla brillar como antes. En estos momentos de breve conciencia de su espíritu reveníale su bondad acostumbrada y expresaba de la manera más efusiva su reconocimiento por los esfuerzos de los que le rodeaban y el sentimiento que tenía de su pesar. En lo que concernía especialmente á su doméstico, se mostraba muy inquieto de que se le recomensara por abundantes regalos, y me rogaba á cada instante que no usase de parsimonia. Pues hay que decir que Kant era principesco en su empleo del dinero y no había ocasión en que él expresase más fuertemente sus sentimientos de desprecio que cuando se apreciaba acciones de avaricia ó de baja cupididad. Los que no le habían visto más que en la calle le creían poco generoso, porque negaba firmemente y por principios toda limosna á los mendigos comunes. Mas, de otra parte, era muy gene-

roso para con las instituciones públicas de caridad; había asistido á sus parientes pobres de manera mucho más amplia de lo que se hubiera podido razonablemente prever, y entonces se vió que tenía otros muchos pensionarios dependientes de sus liberalidades, hecho que nos era enteramente desconocido hasta que la debilidad de su vista y otras enfermedades me obligaron á pagar yo mismo estas pensiones. Y debe asimismo recordarse que la fortuna entera de Kant, que fuera de su sueldo oficial no pasaba de 20.000 duros, era el producto de su honrado trabajo durante cerca de sesenta años, y que había sufrido todas las calamidades de la pobreza durante su juventud, aunque con nadie llegase á contraer deudas: circunstancias de su historia, que á la vez que expresan la conciencia que debía tener del valor del dinero, realzan infinitamente el mérito de su generosidad.

En Diciembre de 1803 fué ya incapaz de escribir su nombre. Su vista había descendido á tal extremo que en la mesa no podía encontrar su cuchara si no se la daba yo, y cuando con él comía empezaba por partir en pequeños trozos lo que tenía en el plato; después le colocaba estos trozos en una cucharilla de postre; finalmente le con-

ducía la mano hasta la cucharilla. Pero su incapacidad de firmar no tenía por causa única la ceguera. La verdad era que, por impotencia de memoria, no podía acordarse de las letras que componían su nombre, y cuando uno se las repetía, no podía representarse las figuras de estas letras en su imaginación. Hacia el fin de Noviembre había notado que esta incapacidad se acentuaba rápidamente, y había obtenido de él permiso para firmar todos los recibos, etcétera, que hay que firmar á fin de año. Más tarde, á mis ruegos, y para evitar toda dificultad, me dió un poder regular de firma.

Aunque Kant estuviese ya muy deprimido, tenía á veces momentos de jovialidad. Su día de nacimiento era para él un agradable asunto. Algunas semanas antes de su muerte calculaba yo el tiempo que transcurriría aún hasta ese aniversario, y le distraje con las perspectiva de las diversiones que se celebrarían entonces. «Todos nuestros viejos amigos (le dije) se reunirán y beberán á nuestra salud una copa de *champagne*.» «Sí; pero convendría hacerlo *sur-le-champ*», contestó, contento del galicismo y del juego de palabras. Y no quedó satisfecho hasta que se hubo reunido la

compañía. Bebió un vaso de vino con sus invitados, y con gran elevación de espíritu celebró por anticipación aquel cumpleaños que nunca más debía ver.

Sin embargo, en los últimos años de su vida prodújose en su humor un gran cambio. En su mesa, donde antes reinaba un sereno espíritu de alegría, no hubo en adelante más que un melancólico silencio. Kant quedaba turbado viendo á sus convidados conversar el uno con el otro, en tanto que él permanecía en escena como un comediante que no tiene papel. Y con todo, el intervenir en la conversación hubiera sido aún más desolante, porque oía muy mal. El esfuerzo que para escuchar hacía le era penoso, y sus expresiones, hasta cuando su pensamiento era suficientemente preciso, hacíanse casi ininteligibles. Es, á pesar de ello, notable que en las más profundas depresiones, perfectamente incapaz ya de hablar razonablemente de los asuntos ordinarios de la vida, pudiese todavía responder con una corrección y una distinción verdaderamente extraordinarias á toda cuestión de filosofía ó de ciencia, particularmente de geografía física, de química ó de historia natural. En su peor condición, habló muy bien de las leyes de los

gases y citó con asombrosa exactitud diferentes proposiciones de Kepler, especialmente la ley de los movimientos planetarios. Y precisamente recuerdo que el último lunes de su vida, cuando lo extremo de su debilidad hacía anegarse en lágrimas á los amigos que le asistían, estaba sentado entre nosotros, insensible á todo lo que pudiéramos decirle, hundido, ó más bien, desplomado como una masa sin forma en su silla, torpe, sordo, ciego, paralizado, en este momento mismo dije en voz baja á los otros que me comprometía á hacer entrar á Kant en la conversación con animación y justeza. Y como lo encontrasen difícil de creer, me aproximé á su oído y le propuse una cuestión sobre los berberiscos. Con sorpresa de todos, excepto de mí, nos hizo inmediatamente una exposición sumaria de sus tradiciones y de sus costumbres, y nos dijo á este propósito que en la palabra *Alger* debía pronunciarse la *g* dura, como en la palabra inglesa *gear*.

Durante los quince últimos días de su vida, Kant se ocupaba incesantemente en un trabajo que parecía, no solamente desprovisto de fin, sino en sí mismo contradictorio. Veinte veces por minuto ataba y desataba su pañuelo de seda, así como una es-

pecie de cinturón que llevaba en su ropa de casa: apenas lo ceñía, desceñíalo con impaciencia, y aún más impaciente se ponía para ceñirlo de nuevo. Pero descripción alguna podría dar una impresión adecuada de la fatigante inquietud con la que de la mañana á la noche proseguía esta labor de Sísifo: hacer y deshacer, irritarse de no poder obrar, iritarse de haber obrado.

Desde este tiempo raramente reconoció á los que estaban alrededor de él, y nos tomaba á todos por extranjeros. Esto sucedió primero con su hermana, después conmigo, y por último, con su doméstico. Esta especie de separación me desoló más que las otras manifestaciones de decadencia. Demasiado sabía que no me había perdido realmente el afecto, y con todo, su aire y su manera de dirigirse á mí me daban constantemente esta sensación. Emocionábame mucho cuando la claridad de sus percepciones y de sus recuerdos le volvía, lo que no ocurría sino por intervalos cada vez más lejanos. En esta condición, silencioso ó balbuceante como un niño, absorbido y sumido en el sopor, ó bien, ocupado en alucinaciones y en visiones imaginarias, des-pavilándose un instante por bagatelas, cayendo durante horas en lo que acaso eran

los fragmentos dispersos de sueños caducos, ¡qué contraste con aquel Kant que en otro tiempo había sido el centro brillante de los círculos más brillantes de nobleza, de espiritualidad ó de ciencia que poseía la Prusia! Una persona distinguida de Berlín, que le había visitado el verano anterior, quedó profundamente afectado y dijo: «No he visto á Kant, sino la cáscara de Kant.» ¡Y cuánto más verdadera habría sido la frase si le hubiese visto ahora!

Henos ya en Febrero de 1804, que fué el último mes que Kant estaba destinado á vivir. Es notable que en el *carpet* de que hablé haya encontrado un fragmento de vieja canción que Kant había en él anotado con fecha del Estío, cerca de seis meses antes de su muerte, y en la que se decía que Febrero era el mes en que los hombres tenían que llevar más ligero fardo, por la sencilla razón de ser más corto que los otros en dos ó tres días. Y la conclusión tenía un sentido de fantasía emocionante: «¡Oh feliz mes de Febrero, en que el hombre tiene que soportar menos pena, menos dolor, menos remordimientos!» Aun de este breve mes Kant sólo pudo soportar doce días enteros, porque el día 12 murió, y puede decirse que desde el día 1 estaba mori-

bundo, no haciendo más que vegetar, á pesar de los caprichosos y pasajeros fulgores que hacían brotar todavía tizones de su antigua y magnífica inteligencia.

El 3 de Febrero los resortes de la vida parecieron detener su juego, porque á partir de ese día no comió literalmente nada: su existencia parecía no ser otra cosa que la prolongación de fuerza, adquirida por una vida de ochenta años, después de la cesación del poder motor del mecanismo. Su médico le visitaba cada día á la misma hora, á la que debía estar siempre presente yo, según habíamos convenido. Nueve días antes de su muerte, en el momento de la visita ordinaria sobrevino una pequeña circunstancia que á ambos nos emocionó, recordándonos invenciblemente la indeleble cortesía y la ternura de la naturaleza de Kant.

Cuando se anunció al médico, llegué hasta Kant y le dije: «He aquí al doctor A...» Kant se levantó de su silla, tendió su mano al doctor y murmuró algo en que la palabra *puestos* se repetía varias veces, pero con el aire de desear que se le ayudase á acabar la frase. El doctor A..., que pensaba que por *puestos* quería decir *postas*, parada de caballos de posta, y que por con-

siguiente deliraba, le respondió que los caballos estaban enganchados y le suplicó que se calmase. Pero Kant continuó con un gran esfuerzo sobre sí mismo y añadió: «Muchos puestos, mucha bondad, mucho reconocimiento.» Todo esto fué dicho con una incoherencia aparente, pero con gran calor y visible conciencia. Sin embargo, yo adiviné lo que Kant en su bruma de imbecilidad deseaba decir, y lo interpreté en esta forma: «Lo que el profesor desea decir, doctor A..., es lo siguiente: dados los puestos numerosos y pesados que llenáis en la ciudad y en la Universidad, atestigua una gran bondad de vuestra parte dedicar tanto de vuestro tiempo (porque el doctor A... no quiso jamás recibir honorarios de Kant), y os guarda el más profundo reconocimiento por esa bondad.» «Eso es (acrecentó Kant gravemente), eso es.» Pero seguía aún de pie é iba á caer, sobre lo que advertí al doctor que estaba persuadido de que Kant no querría sentarse, por fatigado que estuviese, hasta que no se hubieran sentado los visitantes. Pareció dudar el doctor; pero Kant, que había oído lo que yo había dicho, por un prodigioso esfuerzo confirmó mi explicación de su conducta y pronunció distintamente estas pa-

labras: «Dios me preserve de caer por olvidar los oficios de la humanidad.»

Cuando se anunció la comida, el doctor A... tomó el portante. Otro invitado acababa de llegar y yo esperaba, á causa de la animación que Kant acababa de mostrar, que aquel día sería agradable la comida. Mi esperanza fué vana: Kant estaba más agotado que de costumbre, y no pudo conseguir llevar la cuchara á la boca. Tiempo hacía que todos los alimentos habían perdido su gusto para él, y yo me había esforzado, pero sin éxito, en estimular los órganos del gusto con nuez moscada, cinamo, etc. Aquel día no logré que probase ni un bizcocho. Cierta vez le había oído decir que varios de sus amigos, caídos en modorra, habían terminado su enfermedad por cuatro ó cinco días de entera ausencia de dolor, pero totalmente sin apetito, adormeciéndose después apaciblemente en el sueño final, y temí verle ahora á él mismo en tal estado.

El sábado, 4 de Febrero, oí á sus invitados expresar en alta voz el temor de no verle más, y participé de sus temores.

Sin embargo, el domingo, 5, comía yo en su mesa con uno de sus íntimos amigos. Kant estaba aún allí, pero tan débil que la

cabeza casi le llegaba á las rodillas y él había caído contra el brazo derecho de su sillón. Dispuse sus almohadas de manera que pudiesen recibir y soportar su cabeza y le dije: «Ahora, querido señor, estáis bien acomodado.» Con gran asombro nuestro respondió en voz clara y neta por la frase militar romana: «*Sí, testudine et facie*», y agregó inmediatamente: «Presto para el enemigo y en orden de batalla.» Sus facultades se reducían á cenizas, pero de tiempo en tiempo una gran llama ó una gran emanación de luz nos mostraba que el antiguo fuego dormía bajo las cenizas.

El lunes, 6, amaneció más débil y más torpe. No pronunció una palabra, excepto cuando yo le propuse la cuestión sobre los berberiscos, como ya he dicho, y permaneció sentado, con los ojos abiertos sin ver, perdido en sí mismo, no manifestando de nuestra presencia noción alguna, de suerte que nos dió la sensación de algún gigantesco fantasma de un siglo olvidado que viniese á descansar entre nosotros.

En este momento Kant denotaba mucha más calma y compostura. En el primer período de su enfermedad, cuando aún no había perdido toda su fuerza y se hallaba en conflicto activo contra los primeros ata-

ques de la decrepitud, había mostrado cierto malhumor y dicho á veces palabras duras y aun rudas á sus domésticos, cosa muy opuesta á sus disposiciones naturales, pero muy excusable en aquellas circunstancias, pue no podía hacerse comprender. Por ello se le llevaban continuamente cosas que él no había pedido, y lo que realmente deseaba no lograba en ocasiones obtenerlo, porque todos sus esfuerzos para nombrarlo eran ininteligibles. Además, una violenta irritación nerviosa háiale producido la ruptura del equilibrio de las diferentes funciones. La debilidad de un órgano le era más palpable por la fuerza que otro conservaba. Pero al cabo terminó esta lucha. Su sistema entero estaba minado, y ahora se movía rápida y armoniosamente hacia la disolución. Desde este momento hasta que todo hubo acabado, ni un movimiento de impaciencia, ni una expresión de excitación se le escapó.

Yo iba á verle tres veces por día, y el martes, 7 de Febrero, llegando á la hora de comer, encontré á sus invitados solos á la mesa. Kant estaba en el lecho. Esto era una escena nueva en *su* casa. Nuestros temores por la proximidad de su fin acrecieron. Con todo, habiéndole visto vol-

ver al comedor tan á menudo, no quise correr el riesgo de dejarle sin sociedad los siguientes días.

A una hora, como de ordinario, nos reunimos en su casa el miércoles 8 de Febrero. Le presenté mis respetos con toda la alegría de que era capaz y ordené le sirviesen de comer. Kant estaba sentado á la mesa con nosotros, y alzando la cuchara con un poco de sopa, la llevó á sus labios, pero inmediatamente después la posó y se retiró á su lecho, de donde no se levantó más.

El martes, 9, había caído en la debilidad de un moribundo y el aspecto cadavérico (*facies hippocratica*) se había ya apoderado de él. Volví á verle frecuentemente durante todo el día, y retornando por última vez hacia las diez de la noche, le encontré en estado de inconsciencia: no pude sorprender en él signo alguno de reconocimiento y le dejé al cuidado de su hermana y de su doméstico.

El viernes, 10, fuí á verle á las seis de la mañana. Era un día de tempestad, espesa nieve había caído durante la noche, y recuerdo que una banda de ladrones había hecho fractura en el patio de Kant para penetrar en la casa de su vecino, que era

joyero. Al aproximarme á su lecho le di los buenos días. A mi saludo respondió diciendo: «Buenos días», pero con voz tan débil y decaída, que apenas era articulada. Regocijado de encontrarle consciente, le pregunté si me reconocía. «Sí», contestó él, y tendiendo la mano me tocó dulcemente la mejilla. Durante el resto de la jornada, cuantas veces le vi, pareció haber recaído en estado de inconsciencia.

El sábado, 11, estaba acostado, con los ojos fijos y ternes, y según toda apariencia, en perfecta paz. Aun le pregunté este día si me reconocía. No podía hablar; pero volvió hacia mí su figura y me hizo seña de que le abrazase. Una profunda emoción se apoderó de mí cuando me incliné para besar sus pálidos labios, porque sabía que con aquel acto solemne de ternura quería expresar su reconocimiento por nuestra larga amistad y significar su último adiós. Yo no le había visto dar esta prueba de amor á nadie, excepto una vez, pocas semanas antes de su muerte, en que atrajo hacia sí á su hermana y la abrazó. El beso que entonces me dió fué su último testimonio de reconocimiento.

Todas las bebidas que ahora se le ofrecían atravesaban el esófago con un sonido

ronco, como casi siempre acontece á los moribundos, y se notaban todos los signos de una muerte próxima.

Resolví permanecer con él hasta el final, y así como había sido uno de los más próximos testigos de su vida, ser también testigo de su muerte, por lo cual no le abandonaba, excepto cuando se recurría á mí por algunos minutos para cualquier necesidad perentoria. Pasé la noche toda junto á su cabecera. Aunque continuase todo el día en estado de inconsciencia, al obscurecer hizo signos inteligibles para expresar que se le pusiese en orden el lecho. Levantámosle en brazos, y quitamos y reemplazamos á toda prisa sábanas y almohadas. No durmió, y de ordinario rechazó la cucharilla de bebida que de cuando en cuando se le ponía en los labios. Pero hacia la una de la madrugada él mismo hizo un movimiento hacia la cucharilla, por donde comprendí que tenía sed, y le di un poco de vino y de agua azucarada. Los músculos de su boca no tuvieron fuerza para retenerla, de suerte que, para impedir que se escapase, colocó la mano por debajo de los labios hasta que se produjo en su garganta un ruido seco. Pareció desear más, y yo continué dándole hasta que

dijo de manera que fuí capaz de comprender: «Basta.» Y ésta fué su última palabra: «Basta.» *Sufficit!* ¡Poderosa y simbólica palabra! Por intervalos rechazaba las mantas y se descubría. Yo le tapaba constantemente, y en una de estas ocasiones percibí que todo el cuerpo y las extremidades estaban ya frías y que el pulso era intermitente.

A las tres y cuarto, en la madrugada del 12 de Febrero de 1804, Kant se extendió como si tomase posición para su acto final, y se estableció en la postura precisa que conservó hasta el momento de la muerte. El pulso no era ya perceptible al tacto ni en las manos, ni en los pies, ni en el cuello. Yo examiné las partes todas en que el pulso late, y tan sólo lo reconocí en la cadera derecha, violento, pero intermitente.

Hacia las diez de la mañana Kant sufrió una grave transformación: su ojo se tornó rígido, su semblante y sus labios se decoloraron con palidez cadavérica. Tal era, sin embargo, la intensidad de los hábitos de su constitución, que señal alguna apareció del sudor frío que acompaña regularmente á la última agonía mortal.

Eran cerca de las once cuando se aproximó el momento de la disolución. Su her-

mana estaba rígida al pie del lecho; el hijo de su hermana á la cabecera; yo, á fin de observar siempre las fluctuaciones de su pulso, me había arrodillado á su lado y llamaba á su doméstico para que viniese á ver la muerte de su buen amo. La última agonía iba á terminarse, si se puede llamar agonía lo que ya no era una lucha. Precisamente en este instante un distinguido amigo suyo, que había mandado llamar yo, entró en el aposento. Al principio la respiración se hizo más débil, después irregular, más tarde hubo intermitencia total y el labio superior se conmovió ligeramente, en seguida una respiración suave como un suspiro, luego nada; pero el pulso latió todavía algunos segundos, más lentamente, más flojamente, hasta que cesó por completo: el mecanismo se detuvo, el último movimiento quedó interrumpido, y exactamente en aquel instante el reloj dió las once.

Después de su muerte se rasuró la cabeza de Kant, y bajo la dirección del profesor Knorr se sacó en yeso un molde, no solamente de la máscara, sino de la cabeza entera, con el designio, á lo que parece, de enriquecer la colección craneológica del doctor Gall.

Dispuesto y amortajado el cuerpo, una multitud de personas de las clases todas, desde la más alta á la más baja, se presentaron para verle. Todos estaban ansiosos de aprovechar la última ocasión de poder decirse: «También yo he visto á Kant.» Esto continuó varios días, durante los cuales, de la mañana á la noche, la casa estaba atestada de gente. Grande fué la sorpresa de todos ante la delgadez de Kant: todos convenían en que jamás se había visto cuerpo tan agotado y descarnado. Su cabeza reposaba sobre el cojín en el cual los señores de la Universidad le habían presentado en cierta ocasión un sobrescrito, y yo creo que no pudo hacerse de él un uso más honroso que el de colocarlo en el féretro como almohada final de aquella inmortal cabeza.

Kant había expresado sus votos años antes en un *memorandum* especial sobre el modo de sus exequias. Rogaba que se efectuasen por la mañana, con el menor ruido y desorden posibles y con la sola presencia de los más íntimos camaradas. Como yo hubiese encontrado este *memorandum* arreglando los papeles de su gaveta, francamente le dije que semejantes disposiciones me colocarían como ejecutor

testamentario en una embarazosa situación, porque muy probablemente las circunstancias harían casi imposible cumplirlas, con lo que Kant rompió el papel y lo dejó todo á mi discreción. En efecto, yo preveía que los estudiantes de la Universidad no dejarían pasar esta ocasión sin atestiguar su veneración al maestro por funerales públicos. Los hechos demostraron que yo tenía razón. La ciudad de Koenisberg no había visto ni vió después funerales tales como los de Kant, tan solemnes y tan magníficos. Las gacetas públicas y los opúsculos, etc., dieron cuenta tan minuciosa de los detalles, que yo trazaré solamente los grandes rasgos de la ceremonia.

El 28 de Febrero, á las dos de la tarde, todos los dignatarios de la Iglesia y del Estado residentes en Koenisberg, ó llegados de las más lejanas partes de la Prusia, se reunieron en la capilla del castillo, desde donde fueron escoltados por la corporación entera de la Universidad en traje de gala y por muchos oficiales superiores que habían sentido siempre gran afección por Kant, hasta la casa del profesor fallecido. El cuerpo fué levantado á la luz de las antorchas, en tanto que las campanas de todas las iglesias de Koenisberg tocaban á

muerto, y á continuación llevado á la catedral en medio de innumerables cirios. Un prodigioso cortejo seguía á pie. En la catedral, después del ordinario rito funerario, acompañado de todas las expresiones posibles de veneración nacional por el difunto, hubo un gran servicio musical, ejecutado admirablemente, después del cual los restos mortales de Kant fueron bajados á la cripta académica, y allí reposa hasta hoy entre los patriarcas de la Universidad.

Paz á sus cenizas y á su memoria eterno honor!

NOTAS DEL TRADUCTOR

I

...Al lado de algunos chispazos de genio contiene muchas cosas tomadas de las obras anteriores (página 6).

El libro á que aquí se alude, y cuya composición ocupó los postreros años de Kant, era un supuesto «trabajo original», que él designaba, frecuentemente, como su obra maestra, con esa preferencia que demuestra siempre el anciano por el último hijo que tiene. A creer lo que Kuno Fischer dice en el capítulo VII de su *Kant's Leben*, debía exponer esa obra la transición de la metafísica á la física, y Kant mismo la titulaba *Sistema de la filosofía en su totalidad*. Hasta los últimos meses antes de morir escribió en ella con toda la asiduidad posible. Kuno Fischer duda del valor de esa obra, de sus nuevos pensamientos, del orden y método que en ella existe, aun sin haberla leído, al considerar el estado de debilidad en que su autor se encontraba y al pensar en las conclusiones á que podía haber llevado su filosofía. No puede comprenderse qué nuevos pensamien-